

Apuntes para una teoría del hombre derrotado

Notes for a theory of the defeated man

Mayra Eréndira Nava Becerra¹, Omar Martínez González² y
José Eduardo Isla Hidalgo³

*...el hombre, su idea, su iluminismo,
tiene que ser destruido para amar en vos los ojos firmes y la mirada de la
eternidad, y devenir aire puro, pharmakón, soledad, y alimento para tu socias: el
esclavo no puede ser amigo; el tirano no puede ser amigo.*

Ludditas Sexuales

*Ser macho es ser deficiente; un deficiente con la sensibilidad limitada.
La virilidad es una deficiencia orgánica, una enfermedad;
los machos son lisiados emocionales.*

Valerie Solanas

Resumen

En el presente artículo se discute el problema de la masculinidad como un proyecto civilizatorio del matrimonio entre capitalismo y patriarcado, que hace su síntesis de representación en el hombre como instrumento político de opresión. No se habla aquí de hombre en tanto naturaleza ni persona particular, sino como un aparato de subjetivación de los rasgos que sostienen el dominio capitalista y patriarcal: el éxito, el emprendimiento, la productividad, la eficacia. Apostando al final del texto por la derrota del instrumento llamado hombre.

Palabras clave: capitalismo, patriarcado, masculinidad, feminismo, derrota.

¹ Mayra Eréndira Nava Becerra: Burgos #51, Colonia Nuevo Barrio de San Rafael, Azcapotzalco, C.P. 02010. Ciudad de México. Psicóloga y Maestra en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Doctoranda en Estudios Latinoamericanos. Profesora de la FESI-UNAM en el área de psicología social aplicada. Investigadora de procesos de resistencia, subjetividad y memoria de lucha social, micropolítica, feminismos y nuevas guerras. Integrante del Proyecto de investigación Universidad, Sociedad y Acción Comunitaria (USAC). Email: mayrapsique@hotmail.com.

² Omar Martínez González: 20 de noviembre # 20, Col. Reforma, Cuernavaca, Morelos. CP 62260. Artista escénico con especialidad en Tendencias contemporáneas de la danza por la Universidad Nacional del Arte en Argentina (en proceso de titulación) con temas sobre danza y poscolonialidad. Certificado en Teatralidades, cuerpo y textualidades, por el Instituto de Estudios Críticos '17 (México). Estudios universitarios en Relaciones Públicas por la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Veracruzana. Email: ommago.la@gmail.com

³ José Eduardo Isla Hidalgo: Las bellotas 01714, Temuco, Chile. CP 4812926. Psicólogo (UFRO, Chile) y Especialista en Lenguajes Artísticos Combinados (UNA, Argentina). Ha trabajado en diversas iniciativas culturales en el sur de Chile y en distintos países, enfocando su quehacer artístico en torno a los temas de subjetividades y dispositivos tecnológicos. Como investigador escénico ha presentado trabajos en México, Perú, Bolivia, Argentina, EEUU y Chile. Email: joseislahidalgo@gmail.com

Abstract

In the present article, the problem of masculinity as a civilizing project of the marriage between capitalism and patriarchy, which makes its synthesis of representation in the man as a political instrument of oppression, is discussed. There is no talk here of man as nature or as a particular person, but as an apparatus of subjectification of the traits that sustain the capitalist and patriarchal domain: success, entrepreneurship, productivity, efficiency. Betting at the end of the text for the defeat of the instrument called man.

Keywords: capitalism, patriarchy, masculinity, feminism, defeat.

Derivas de una masculinidad moderna

El presente texto podemos considerarlo una deriva, es decir, una serie de desvíos que merodean alrededor de la noción de *derrota*, cuestión indeseable en las sociedades actuales autodenominadas occidentales y la relación que esta tiene con la posición hombre y la configuración de los rasgos de la masculinidad como aparato de subjetivación; campo generativo de normatividades que determina (y lo ha hecho por demasiado tiempo) múltiples aspectos de la realidad.

Para comenzar, en este escrito se problematizará la noción de “hombre”, esta ¿identidad?⁴ ¿dispositivo? ¿determinación? (o como convenga llamarle) devenida institución a la vez que lente histórico e instrumento político, que toma para sí la responsabilidad de crear relatos y narrar los hechos que fundamentan la historia dominante y la actualización del presente, y que se posiciona como una tecnología social al servicio de su propia autopreservación, con el consecuente mantenimiento y cultivo de privilegios que operan en y desde el cuerpo hombre, materialización⁵ donde instalar las preguntas esbozadas acá.

⁴ Asumiendo la identidad como un concepto aporético, es decir, que tiene la condición de necesidad y a la vez de imposibilidad, es decir, es un concepto necesario pero a la vez imposible de una representación precisa y definitiva (Navarrete, 2008, 2013a, 2013b).

⁵ En su texto “Cuerpos que importan”, Judith Butler busca establecer las condiciones normativas en las que se enmarca y se forma la materialidad del cuerpo y, en particular, cómo se forma a través de categorías diferenciales de sexo. Para la autora, las diferencias sexuales son indisolubles de las demarcaciones discursivas, donde el sexo puede ser entendido como una construcción ideal que se materializa obligatoriamente a través del tiempo a partir de la performatividad de los sujetos, es decir, mediante la práctica reiterativa y referencial de la actuación cotidiana, según la cual el discurso produce los efectos que nombra. El sexo así entendido, sería una de las normas mediante las cuales ese sujeto “uno” puede llegar a ser valioso. Esta idea de valor de los cuerpos, resulta operativa para la autora con tal de denunciar la normatividad que constituye los cuerpos que nombra como naturales/antinaturales, norma que califica un cuerpo para toda la vida dentro de la inteligibilidad cultural.

¿Es posible reconocer que la masculinidad es relegada a una relación indisociable con el hombre en tanto lente ideológico que privilegia unos cuerpos por sobre otros? Lo masculino ha tomado forma en el cuerpo hombre, es decir, la atribución de la masculinidad a ese conjunto de rasgos que definen la idea de hombre individual así como de la pluralidad de seres contenidos en la humanidad ha devenido en un dominio material de la representación: el Hombre, con *h* mayúscula como suele llamarse al conjunto de seres pertenecientes a la especie humana, lugar evanescente desde donde se establece el parámetro conveniente para algunos, a partir del cual se configura el orden al que se adscriben cuerpos de cualquier característica, humanos e incluso no humanos en tanto la importancia atribuida al Hombre determina la explotación y exterminio de otros seres.

Así, el hombre se convierte en uno de los dispositivos más eficientes de humanización: desde los cuerpos adheridos a un modelo de masculinidad, identificados en un nivel simbólico y cultural con el hombre, han sido concebidos los relatos predominantes de la historia, la ciencia, el arte, las humanidades y demás caminos del saber y hacer humano. La guerra, las fronteras, las repúblicas. Por supuesto, también los órdenes económicos y políticos. Deviene punto de partida implícito en todo saber-poder.

Ser hombre como proyecto, se puede asociar a una masculinidad con rasgos específicos en la cultura occidental y capitalista dominante, que se relaciona con nociones de fuerza, racionalidad, competencia, éxito, falo, dominación, poder, objetividad, superioridad, productividad, virilidad, etc. Este vínculo hombre- rasgos masculinos, que en su carácter de género bajo el lente de Lauretis (2013), siguiendo a Foucault, puede ser considerado como una tecnología sexo-política que determina el cuerpo y su relación con otros cuerpos y el espacio, y que permite que se adopten ciertas cualidades que sin ser immanentes a él, aparecen como si lo fueran y forman parte de la base sólida sobre la cual se erige su estructura.

El hombre (y la mujer) serían instrumentos políticos convertidos en lo que, por ejemplo desde la crítica marxiana del valor (Jappe, Kurtz, Ortielb, 2014)⁶ se denominan abstractos empíricos, categorías universales, inciertas que, sin embargo, operan de manera práctica y material entre los cuerpos. No hay en el universo algo como “el hombre” o “la mujer” existiendo como tal; ambas categorías operarían como

⁶ La crítica del valor es una propuesta de pensamiento crítico versus la lucha de clases dentro del análisis marxista, que aspiraba a la dictadura del proletariado y la correcta redistribución de recursos: “Las luchas de clases eran conflictos de intereses que se desarrollaban siempre dentro del horizonte de la sociedad de la mercancía y sin ponerla en cuestión” (Jappe, 2014, p.37). Propuesta desarrollada en la Revista Crisis y posteriormente en la revista Exit! En cambio, para la propuesta de la crítica del valor lo importante es poner atención en la sociedad de la mercancía y su modo de fetichización, abolir las conceptualizaciones sostenidas en el capitalismo y sus aspiraciones reformistas.

instrumentos sociales que se presentan como parámetros o ideales regulatorios a través de los cuales se miden, gestionan sexualmente y se materializan los cuerpos y su diferenciación. Nunca se será lo suficientemente hombre o mujer, pues existen como figuras teleológicas o destinos, más no como concreción ni resultado objetivo que permita su clausura, de ahí su fuerza como dispositivo biopolítico. No existe, desde este sentido cualidad masculina o femenina que le pertenezca de manera intrínseca a un cuerpo, sino modulaciones sociales que permiten la gestión de estos cuerpos a partir de su disciplinamiento, instituciones y dispositivos mediante. Esta serie de rasgos que se hacen cuerpo, de cualidades y valores que se organizan jerárquicamente a partir de una diferenciación sexual que no es natural, sino política, cultural, tal como lo ha sido la racialización, ofrece en panorama espectros de la masculinidad y la feminidad donde han habitado muchos de los modos de relación de lo humano, que han derivado en relaciones de fuerza, dominio, poder y resistencia, ninguno de ellos suprahistóricos ni universales sino como parte intrincada de un largo y sostenido proceso de regulación sexual de los cuerpos.

El conflicto que reviste hoy en día la masculinidad dominante⁷ con su anclaje sociohistórico, político y económico particular no tiene que ver con la distinción binaria de identidades ni de la discusión sobre naturaleza y cultura -aunque estas son también cuestiones problemáticas- sino con la distribución e imposición asimétrica de cualidades, valores, prácticas y privilegios enmarcados en un orden político y económico particular; coincidimos así con Roswhita Scholz cuando desde su teoría de la escisión del valor⁸[6] señala que:

...el análisis teórico de la relación asimétrica de los sexos ha de limitarse a la modernidad y la postmodernidad. Esto no quiere decir que esa relación no posea una historia premoderna; sin embargo, con la universalidad de la forma de la mercancía alcanzó una cualidad completamente nueva. Las mujeres han de responsabilizarse ante todo del ámbito de la reproducción, menos valorado socialmente y no representable en

⁷ Y por ende su feminidad dominante.

⁸ La teoría de la escisión de Roswhita Scholz es una propuesta de una densa complejidad teórica, enmarcada dentro del trabajo crítico del grupo Krisis y posteriormente Exit! La propuesta de Scholz resalta fundamentalmente cómo la lógica del valor dentro del capitalismo se sostiene en la separación del trabajo que produce valor adjudicado al mundo de los hombres y sus cualidades masculinas y el resto de actividades que no pueden ser consideradas como trabajo en el estricto sentido capitalista, es decir, como una actividad asalariada que produce plusvalía. Martínez señala al respecto que: El valor es el carácter social de este sistema productor de mercancías, la forma específica de riqueza en el capitalismo y este valor es un valor-escisión, que puede ser considerado valor porque se contrasta frente a algo: su escisión. Este valor produce, en palabras de Roswitha Scholz (2000), la «separación de cualidades, adjudicaciones y actividades específicas y típicamente “femeninas” que no pueden ser subsumidas a la forma del valor o la abstracción del “trabajo”» (Martínez, 2016, p.700). Desde aquí se puede seguir que está escisión del valor es parte del proyecto biopolítico del gestionamiento de los cuerpos, darle a cada cuerpo un uso funcional para disciplinarle, administrarle.

dinero, mientras que los hombres se ocupan de la esfera de la producción capitalista y del ámbito público. Con ello se rebaten las concepciones que ven las relaciones de género en el capitalismo como un “residuo” precapitalista. (Scholz, 2013, p. 49)

Para Roswhita, el patriarcado y su dominio masculino deben ser siempre entendidos dentro del nacimiento de la modernidad y el modo de producción capitalista, no como una relación continua y ahistórica sino como un proyecto civilizatorio y colonizador hermanado con el capitalismo, por lo tanto, un designio moderno y occidental⁹.

La fuerza física, por ejemplo, una cualidad atribuida culturalmente a lo masculino que, sin embargo, desde otras perspectivas es un fenómeno emergente en una infinidad de manifestaciones, acontecimientos y seres. O el poder, la racionalidad y demás atributos “masculinos” de los que el proyecto-tecnología hombre toma para su reforzamiento pero que no le pertenecen de manera exclusiva. La idea de la femineidad supone, por diferenciación, fuerza de orden menor, ontológicamente vulnerable, débil, emocional, irracional, etc. Estos atributos, nos dice Roswhita, no son simples cualidades atribuidas en el vacío, sino que son parte del proyecto civilizatorio capitalista de producción de mercancías, de hacer mercancías de los cuerpos a través de su sexualización binaria y su fetichización:

...el orden simbólico del patriarcado productor de mercancías se caracteriza por los siguientes presupuestos: la política y la economía son atribuidos al varón; se asume que la sexualidad masculina es algo propio de un sujeto activo, es agresiva, violenta, etc. Las mujeres, por el contrario, funcionan como puros cuerpos. “El varón” es visto así como hombre/espiritual/vencedor del cuerpo; la mujer, por el contrario, como no-hombre, como cuerpo. La guerra tiene connotación masculina, por el contrario las mujeres son consideradas como pacíficas, pasivas, indecisas, estúpidas. Los varones han de aspirar a la gloria, a la valentía, a las obras inmortales. A las mujeres está confiado el cuidado de los individuos y de la humanidad. Al mismo tiempo, sus actos son minusvalorados y dejados de lado en la formación de la teoría, mientras en la sexualización de la mujer está incluida su subordinación al hombre e inscrita su marginación social. El varón se concibe como un héroe y como alguien trabajador... (Scholz, 2013, p. 50)

⁹ García Canal aporta a esta contextualización histórica cuando advierte la aparición de dispositivos de control en los albores de la modernidad: “A fines del siglo XVIII se conformó una serie de técnicas, nuevas prácticas de sí en que el sexo se convirtió, no sólo en el centro de atención del sujeto sino también en asunto de Estado: el sexo debía ser controlado y administrado. Estas técnicas se constituyeron alrededor de tres ejes: la pedagogía, cuyo objetivo fue la sexualidad de los niños; la medicina, que encontró en el sexo la naturalización de la diferencia genérica, el aparato reproductor femenino convertido en gran foco de atención; y la demografía, que buscaba controlar y regular los nacimientos”). García Canal (2006) *Espacio y poder. El espacio en la reflexión de Michel Foucault*. pp. 113 -114

Siguiendo a Scholz, el género masculino es el género propio del capitalismo -y tendríamos que agregar: heterosexual, blanco, eficiente y por consiguiente con privilegios económicos-. Pero no sólo esto, para esta autora cualquier visión binaria de la masculinidad y de la feminidad es parte de la visión dominante del género en la modernidad, así como toda visión antagonica en términos dicotómicos es parte del modelo civilizatorio del patriarcado como productor de mercancías, donde unos ganan y los otros (u otras) pierden. En este sentido, aparece como proyecto exitoso de la modernidad *esa* masculinidad, la dominante: el autonombrarse con semejante estrategia puede asegurar una posición de éxito y colocarle una posición opuesta al fracaso. En esta lógica, todo aquello que no se circunscribe, asemeje, alinee, subordine o sucumba al proyecto-hombre y sus cualidades (fuerza, racionalidad, poder, etc.) está en una posición de fracaso. La masculinidad deviene en un juego en el que alguien gana y alguien pierde, en el que los privilegios los tiene quién gana y quién pierde obtiene lo contrario. En este escenario, nadie quiere perder, pues fracasar implica no sólo privarse de condiciones materiales concretas de vida, sino de la investidura y reconocimiento que otorga la posición de ganador. Ergo, se gana o se gana, a quien sea y a como dé lugar.

Un proyecto patriarcal y de mercado

La masculinidad y la feminidad, tal cual hoy la experimentamos no sólo tiene que ver con producciones culturales y simbólicas asociadas a estas cualidades, sino con la forma en que el patriarcado se ha imbricado con el sistema capitalista; que no pueden ser pensados uno fuera del otro, ambos constituyen actualmente un solo proyecto civilizatorio de dominación y aniquilación de las formas-de-vida que se alejan y oponen a este centro. Cualquier discusión respecto del patriarcado, el género, el gobierno del cuerpo tendría que asumir tal relación inseparable, y por lo tanto el cuestionamiento radical del patriarcado y el capitalismo como un solo proyecto. Lo anterior no apunta a romantizar otras formas de organizar la vida de modo no capitalista o a decir que es imposible hallar formas patriarcales fuera de la lógica de mercado, pero sería prácticamente imposible no encontrar modos patriarcales en el capitalismo, puesto que nació como una actualización de estructuras sociales, económicas y políticas, modificando todos sus componentes de tal modo en que aquellos que no estaban dentro del eje patriarcal, lo estuvieran, deviniendo así lo masculino en régimen dominante. La planetarización de la forma de vida liberal-capitalista a través del proyecto de capitalismo globalizador de corte totalitario, hace considerar que la relación asimétrica de los géneros-y de las razas- es también parte de ese proyecto, fortaleciendo esas distinciones en las sociedades donde ya las había y promovéndolas donde todavía es posible encontrar otros modos de relación. De aquí que no resulte extraño el modo en que se ha intensificado la violencia hacia las mujeres y los cuerpos feminizados –generalmente pobres- de la mano del proyecto capitalista. Roswhita Scholz indica que:

El “sistema de sexualidad dual” moderno (Carol Hagemann-White) no se formó hasta el siglo XVIII, y sólo entonces se llegó a una “polarización de los caracteres de género” (Karin Hausen); hasta ese momento las mujeres eran consideradas más bien una variante más del ser varón. Por esta razón, en la ciencias sociales e históricas de los últimos quince años se parte de la institución de un “modelo mono-género” en las sociedades pre-burguesas. Por ejemplo, la vagina se percibía como un pene vuelto hacia adentro. Aunque también entonces las mujeres eran consideradas inferiores, hasta que no se formó una esfera pública moderna a gran escala, tuvieron muchas posibilidades de tener influjo a través de vías informales. En sociedades premodernas o de la modernidad temprana el varón ocupaba más bien una posición de privilegio simbólica. A las mujeres aún no se las definía exclusivamente como amas de casa o madres, como sí ocurriría a partir del siglo XVIII. En las sociedades agrarias la contribución femenina a la reproducción material se consideraba tan importante como la del varón. Si bien las relaciones de género modernas, con las correspondientes atribuciones de género polarizadas, estuvieron limitadas inicialmente a la burguesía, con la generalización de la familia nuclear se fueron extendiendo poco a poco a todas las capas y clases con el último impulso de desarrollo fordista en los años 50. (Scholz, 2013, p. 55)

Los dispositivos familia, maternidad, paternidad, trabajo, pareja, hombre, mujer y su consecuente división de atribuciones masculinas y femeninas que se juegan al interior de cada dispositivo son parte fundamental del proyecto de modernidad y capitalismo. La monogamia, la heterosexualidad, la propiedad privada, la individualidad, la medicalización y judicialización son fuerzas interconectadas del mismo proyecto. No basta entonces con exigir un intercambio de roles e identidades, luchar por reconocimiento, equidad, diversidad, igualdad, democracia, puesto que, la separación de lo masculino y lo femenino como valores son parte del sostenimiento del sistema capitalista y del patriarcado y esto supondrá que aquellos que no producimos plusvalía, riqueza, quienes somos cuerpos inútiles, parias, indeterminados, enfermos, no funcionales ni eficientes no podremos acceder jamás a mejores condiciones, pues la base del sistema es la inequidad, la exclusión.

Desde este punto, toda forma de lucha que pretende integrarse para ser reconocida, integrada a este proyecto de patriarcado capitalista apelando a los derechos individuales (de las mujeres¹⁰, por ejemplo, en el caso de algunos feminismos) y de cualquier sector llamado minoría no sólo está fortaleciendo el proyecto, sino que además está participando de la puesta en marcha de la *migajocracia*, es decir, luchas por cualquier migaja que nos haga creer que estamos en mejores condiciones individuales, migajas de poder

¹⁰ Sabemos que las luchas en este sentido han aportado a condiciones objetivamente favorables, sin embargo, es necesario leerlas como luchas estratégicas y no como una meta en sí mismas.

y privilegios que se traducen en el acceso de mujeres a puestos directivos y empresariales, de homosexuales a puestos de vigilancia como el ejército y la policía, de discapacitados convertidos en ejemplos de desarrollo personal, que son presentados como *triumfos individuales* a costa del sometimiento de otros y de la aniquilación de otras formas de vida no sólo humanas. Nuevas maternidades, paternidades, masculinidades, identidades, intercambio de roles que no cuestionan ni atacan la base del sistema de dominación.

Cualquier lucha que se conforme con el avance de unas cuantas personas sólo fortalece el matrimonio patriarcado-capitalismo y su masculinidad-humanidad dominantes, más aún, cuando el actual modo capitalista se sostiene como en ningún otro momento de su historia de los espíritus individuales ansiosos de demostrar a otros individuos que *son ellos mismos*, que pueden triunfar, ser exitosos, policías de sí mismos, seres saludables, hermosos y rendidores, que no necesitan a ninguna instancia externa que los someta; ellos solos pueden hacerlo. Empresarios y esclavos de sí mismos, de su Yo, de su identidad, de su personalidad triunfadora y eficiente (Han, 2012). Ciudadanos atomizados con conciencia que exigen más seguridad, vigilancia y castigo a través de las *leyes del hombre*.

El hombre que llevamos dentro

Lo expuesto anteriormente argumenta el modo en que la masculinidad tal cual hoy la experimentamos es un proyecto del matrimonio del patriarcado y el capitalismo. Hablamos de esta masculinidad concreta que se hace cuerpo, subjetividad, práctica, afectos y tiene su mejor representación en el individuo empresario de sí mismo, emprendedor, con anhelos de éxito y productividad, al que no le importa pasar sobre otros si esto supone que sus condiciones de vida particulares sean mejores según los estándares del capitalismo. No hablamos de cualquier masculinidad, hablamos de la masculinidad patriarcal y de mercado:

Lo que el patriarcado trajo como esencia desde su lógica de dominación –la conquista, la lucha, el sometimiento por la fuerza–, hoy se ha modernizado en una masculinidad neoliberal y globalizada que controla, vigila y sanciona igual que siempre. Pero esta vez, a través de un discurso retorcido, menos desentrañable y en aparente diálogo con la sociedad en su conjunto, donde va recuperando, funcionalizando, fraccionando, absorbiendo e invisibilizando a sus oponentes y que trae consigo una misoginia más profunda, escondida y devastadora que la del viejo sistema patriarcal. (Pisano, 2001, p.10).

La idea de mujer como alternativa a la noción de hombre, la representación de la bondad de la salvación o la mujer como abstracto universal supone una postura dicotómica de oposición a la masculinidad en defensa de una feminidad esencialista que actúa a través de abstractos (como la idea de humanidad) como es costumbre de la modernidad criticada. Como ya se ha referido, eso supone una afirmación de la lógica binaria patriarcal.

La feminidad dominante, la que conocemos, es un invento de esa masculinidad que hemos referido:

La lectura simplista de dos espacios diferenciados entre género masculino y género femenino nos ha conducido a formulaciones erróneas de nuestra condición de mujeres y de nuestras rebeldías, pues estos *supuestos dos espacios simbólicos* no son dos, sino uno: *el de la masculinidad que contiene en sí el espacio de la feminidad*. La feminidad no es un espacio autónomo con posibilidades de igualdad, de autogestión o de independencia, es una construcción simbólica y valórica diseñada por la masculinidad y contenida en ella como parte integrante. Por supuesto que esta lectura traerá distintos grados de resistencias, pues, tendremos que abandonar parte del cuerpo teórico producido por el feminismo que se basa precisamente en esta idea y que nos da las falsas pistas de que la igualdad en la diferencia está al alcance de la mano, que con unas cuantas modificaciones de costumbres y algunas leyes, lograremos que toda esta tremenda historia de explotación y desigualdades quede saldada. (Pisano, 2001, p. 10)

Margarita Pisano nos invita a abandonar el nicho de la feminidad, el conformismo y resignación con el que muchas veces la hemos reivindicado, renunciando a posicionarnos en el mundo, incluso violentamente, rasgo absorbido por la masculinidad y sus instituciones dominantes: el Estado, el padre, el hombre, el pene. Tampoco podemos ignorar el papel que han tenido las mujeres en el sostenimiento de esa masculinidad, porque simplemente han aceptado ser mujeres. Vale la pena traer a consideración la propuesta radical de Valerie Solanas cuando en el *Manifiesto Scum* -una intervención artística y política que ha sido vilipendiada por diversos sectores de las artes, el feminismo, la izquierda- propone abiertamente y sin tapujos acabar con los hombres. Expresión incomprendida desde sus tiempos y hasta ahora; tal vez es en la actualidad cuando Valerie ha sido más incomprendida gracias al manto de la falsa tolerancia y lo políticamente correcto. Cuando Solanas habla de hacer picadillo a los hombres, también habla de acabar con las mujeres, con lo que ella llama las *niñas de papá o las mujeres macho*: pasivas, complacientes, bondadosas, dependientes, inseguras, deseosas de reconocimiento y cuidado; es decir, mujeres aliadas y sostenedoras del hombre como instrumento de opresión. Pero ambas categorías como instrumentos, no como personas, individuos, identidades. Hombre y mujer como aparatos de captura (Deleuze

y Guattari, 2004), como máquinas de subjetivación de la masculinidad y la feminidad dominante. No se trata de una guerra de los hombres contra mujeres, no es una guerra de sexos, de géneros, es una lucha contra un sistema de opresión donde la masculinidad y su instrumento hombre¹¹ juegan un papel fundamental y no podemos ignorarlo sólo porque es un atentado contra lo políticamente correcto.

Para Solanas el hombre es:

... un egocéntrico total, un prisionero de sí mismo incapaz de compartir o de identificarse con los demás, incapaz de sentir amor, amistad, afecto o ternura. Es un elemento absolutamente aislado, inepto para relacionarse con los otros, sus reacciones no son cerebrales sino viscerales; su inteligencia sólo le sirve como instrumento para satisfacer sus inclinaciones y sus necesidades. No puede experimentar las pasiones de la mente o las vibraciones intelectuales, solamente le interesan sus propias sensaciones físicas. Es un muerto viviente, una masa insensible imposibilitada para dar, o recibir, placer o felicidad. En consecuencia, y en el mejor de los casos, es el colmo del aburrimiento; sólo es una burbuja inofensiva, pues únicamente aquellos capaces de absorberse en otros poseen encanto. (Solanas, 1983, p. 1)

En esta definición de Solanas, ¿acaso no encontramos una descripción precisa del individuo promedio actual?, ¿de la aspiración del proyecto del *cretino heterosexual*? ¿Hombre, mujer y *cuir* capitalista liberal? Hombre como metáfora de un proyecto civilizatorio anulador de la diferencia¹², de los cuerpos no productivos, desertores. Si este es el hombre del que hablamos ¿por qué no proponer su derrota?

Esta deriva le dice sí a la propuesta de Solanas de acabar con el hombre y con la mujer, desviar ese proyecto hacia un derrotero donde las posibilidades sean más de dos y sean dinámicas, en miras hacia la autodeterminación de los cuerpos, individuales y colectivos, que nos descoloque del conflicto binario de la lógica moderna capitalista, su asignación forzada y su consecuente victimismo.

¹¹ Nos centramos en el cuestionamiento y ataque al hombre como instrumento político de opresión, pero tampoco debemos de olvidar que los cuerpos sexualizados como varones son operadores de dicho dominio, son muchos de estos los que cometen violaciones, persecuciones y asesinatos de cuerpos feminizados y cuerpos disidentes de la masculinidad dominante.

¹² Sobra decir por qué no hablamos de la derrota de la mujer, es una cuestión de estrategia conceptual y política, de conciencia histórica del trato que se le ha dado a los cuerpos designados como mujeres, su persecución, aniquilación, violación. La incompatibilidad de la realidad que viven los cuerpos feminizados con la investidura del proyecto hombre en las sociedades modernas, induce a un ejercicio de derrota constante a estos cuerpos de un modo violento asumido como natural. Como señala Laura Macaya: “todo entramado de poder tiene sus defensores, sus privilegiados, sus verdugos, y en este caso no es posible obviar que son los hombres los que detentan este poder; poder que amparado por un orden simbólico y estructural patriarcal les permite a las mujeres en un estado constante de inseguridad física y mental” (Macaya, 2011, p. 19)

Ética-política del hombre derrotado

La derrota está asociada a los indeseables verbos perder y fracasar, aun cuando su significado plantea otros recorridos que nos pueden conducir a un espacio de mucha potencia. Es representada (la derrota) de diversos modos, simbólica y directamente: todo lo que está fuera del pódium, del cuadro de honor, del curul, de la galería o de la listas de admisión y selección. El régimen de la masculinidad ha instalado el éxito como dispositivo de regulación y organización efectiva y afectiva de las vidas de las personas, incluso como un requisito *natural* para poseer una existencia completa. Cualquier posición sin preseas que al no sobresalir forma parte de una masa anónima deviene en una existencia indeseable que se disuelve en el paso de la historia, vidas y cuerpos de desecho, carentes de importancia que no definen absolutamente nada y se asume, en todo caso, que sólo han de seguir las líneas trazadas por aquellos otros de los espacios privilegiados.

Entender la derrota desde esta perspectiva funciona bien para el constructo de masculinidad descrito, dado que las condiciones para entrenarse y adquirir las herramientas y recursos para obtener posiciones de éxito o privilegio (esto perfectamente visible en la figura actual del *coach*) favorecen a quienes mejor se adscriben corporal e ideológicamente al proyecto hombre. Tales condiciones fueron establecidas en su momento por personas sujetas a la investidura de la masculinidad como proyecto moderno-capitalista sin importar su lugar en el sistema binario sexo-genérico (hombre o mujer). Existen aún innumerables espacios desde los que se define simbólica o materialmente la existencia de grupos de personas, y que presentan resistencias o imposibilidades a la interacción o acción de cuerpos no masculinizados: cuerpos femeninos que por su fuerza o apariencia “desvirtuan” o ponen en riesgo la infalibilidad de la investidura dominante; cuerpos afeminados, personas incivilizadas, personas poco racionales, analfabetas, etc.¹³ Carla Lonzi hace una pregunta crucial para cuestionar si lo que se quiere es exigir un lugar para estos cuerpos en tales espacios, políticos, económicos, culturales y académicos, “la igualdad de la que hoy disponemos no es filosófica, sino política: ¿queremos, después de milenios, insertarnos con este título en el mundo que han proyectado otros?” (Lonzi, 2004, p. 8) Exigir una posición dentro de estos espacios implica admitir las reglas impuestas por este mismo sistema; sería, como ya se ha dicho, entrarle a la *migajocracia* para obtener el mayor beneficio posible sin cuestionar el sistema ni mirar a todas aquellas personas que se ven desfavorecidas en él:

¹³ Lo abyecto (que desde los planteamientos de Butler podemos entender como el exterior de la norma que atribuye valor a los cuerpos a partir de conductas repetidas devenidas en cotidianidad ligadas al sexo), designa aquellas zonas invisibles, inhabilitadas de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo invisible es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos bajo el imperativo heterosexual.

Por igualdad de la mujer se entiende su derecho a participar de la gestión del poder en la sociedad, mediante el reconocimiento de que aquélla posee la misma capacidad que el hombre. Pero la experiencia femenina más auténtica de estos años nos ha enseñado el proceso de devaluación global en que se encuentra el mundo masculino. Hemos comprendido que, en el plano de la gestión del poder, no concurren capacidades, sino una forma particular de alineación que es muy eficaz. La actuación de la mujer no implica una participación en el poder masculino, sino cuestionar el concepto de poder. Si hoy se nos reconoce nuestra imbricación a título de igualdad es, precisamente, para alejar aquel peligro (Lonzi, 2004, p. 8-9).

Frente a esto, la derrota se erige como una acción que va en otra dirección; zarpar y aventurarse a la deriva tras otros proyectos posibles y más propios, en los que la masculinidad sea un derrotero más, transitorio, periférico, accidental, pasajero. ¿Qué prácticas lo harían posible? ¿De qué modos las personas podríamos configurar otros estándares y condiciones de existencia? Imposible (y absurdo) enumerar una lista de recomendaciones.

La palabra derrota tiene entre sus definiciones ser camino, vereda o senda de tierra. Una más proviene de la náutica y refiere al trayecto que “en efecto” siguen las embarcaciones respecto de la ruta trazada en la carta de navegación; esta diferencia entre lo planeado y lo sucedido puede darse debido a vientos, corrientes, errores instrumentales, etc., y a consecuencia de ellos se realizan modificaciones en el rumbo de la nave. Por su nivel de especificidad técnica, esta última definición pasa desapercibida ante nuestros ojos, disimulando el potencial que tiene su ejercicio si se amplía a una noción ligada a la acción de habitar el cuerpo como símil de navegar. La derrota es un concepto que admite el desvío o, mejor dicho, *es* el desvío y también es quizás el elemento central al navegar; el plan de ruta queda sólo como la estructura que pierde toda consistencia rígida al admitir actualizaciones o modificaciones que, lejos de dictar por dónde se andará, son los registros del camino que se anda, que servirán (o no) para trazar la ruta de futuros viajes pero que tales trazos también admitirán nuevos desvíos y así indefinidamente.

El ejercicio que plantea este texto es re-significar el concepto derrota en un intento por movilizar los hitos que sostienen el proyecto moderno (y su variante posmoderna) de masculinidad dominante, absorbente de toda alteridad, estructura rígida en que la mayoría pierde y sólo los hombres, algunos, ganan. Hombres no como identidad sexo-genérica, sino como investidura de subjetivación que puede portar cualquier cuerpo, como ya advertimos, de la condición étnica, social, sexo-genérica y cultural que sea y que al ejercerla ocupan posiciones de privilegio, de éxito en el juego de ganar- perder, bajo esa lógica no empática y centralizante, lógica “hombre”, ligada a una visión masculina.

Allá, a lo lejos, se divisa la derrota; nos invita al desvío y a la admisión de los acontecimientos que suceden a lo largo del viaje, de cualquier viaje con sus accidentes internos, corporales, flujos que se determinan sólo en relación con las otras, los otros, lo otro. Marina Garcés desde sus planteamientos se aproxima a esta deriva y refiere que lo colectivo no se cifra en término de una ley (o un plan) sino de una “verdad por hacer”:

Merleau-Ponty rastrea las huellas de este anonimato en las cosas, donde encuentra rastros de otro, de una actividad de la que también yo participo; en los cuerpos, siempre entrelazados en su aparente distancia; en la historia no como ley sino como «verdad por hacer», como acumulación de sentido de la que participamos y que pide ser siempre retomada. Merleau-Ponty encuentra el anonimato no en un sujeto borrado sino en un mundo poblado de sentidos, de cuerpos, de gestos, de relaciones... en un mundo común, que no es de nadie sino en el que estamos todos y todas las cosas implicados. En esta dimensión tan concreta de la vida colectiva hay un nosotros que precede la separación de las conciencias. Un nosotros que ya no es sólo personal, o que es personal sólo de manera local e intermitente. Un nosotros que ni siquiera es sólo humano, sino que incorpora el conjunto de lo sensible. (Garcés, 2009, p. 2)

El desvío en las prácticas cotidianas, una reorganización constante, una abnegación de las estructuras rígidas. Todo plan se asume como frágiles trazos en papel que están ahí para borronearse, corregirse, ajustarse. Desvíos que atender. Es una atención que prioriza todo el tiempo al presente. Pasado y futuro se conciben sólo desde el hecho concreto de la experiencia ocurrida a los cuerpos en tiempo presente. El punto de llegada pierde solidez pues la ruta cambia constantemente y con ella el rumbo. Flaquea la rigidez infranqueable de un proyecto que ha de cumplirse a como dé lugar.

Como se declaró desde el principio, el texto se plantea como una deriva, se adentra sin temor a perder-se en el mar de desvíos al proyecto hombre que fragmenta al cuerpo colectivo poniéndolo a competir por la posición de más privilegio (aunque las más de las veces sean privilegios menores o *migajas*).

En este reacomodo constante de cualidades encontraremos que la noción de hombre tendrá problemas para sostenerse inamovible. En el ejercicio de la derrota, su rigidez parece disolverse como los cuerpos de hielo en el mar cálido, haciéndose parte de una vez por todas de las superficies y profundidades en las que se viaja.

Es preciso decir que en concordancia con el desdibujamiento de las taxonomías claramente definidas acontecido en la actualidad y tiempos recientes, llámese posmodernidad, modernidad líquida, etc., los atributos que se adjudica la masculinidad y que ostenta el hombre en tanto proyecto o tecnología aún se mantienen firmes y podrán estar presentes o materializarse en cualquier cuerpo o, más aún, en las relaciones entre

cuerpos sin ser restricción su asignación biológica. Se sostiene lo masculino como un ordenamiento de las relaciones y para ello contribuimos quienes actuemos en concordancia a sus lógicas.

Levar anclas y dejar que *ser hombre*, ese plan de ruta, pierda importancia en tanto implica el privilegio sólo de aquellos que se reconocen o se ven favorecidos por las reglas del juego que éste impone. Y, de nuevo, se hace necesario insistir en que tampoco se trata de una mejor distribución de los privilegios, ¡en lo absoluto!, pues esto aún requeriría de la negación de todo desvío para llegar a ellos. Por ello concordamos con aquellas que, como Lonzi, niegan la igualdad de derechos como un horizonte a aspirar pues se detecta que se trata de una redistribución menos injusta de los privilegios decididos desde alguna posición superior, sin cuestionar mínimamente tales privilegios.

Si reconocemos que vivir bajo los parámetros e instituciones del proyecto hombre es impedimento de relaciones más justas y responsable de abusivas violencias, la derrota aspira a la disolución de los privilegios que supone. Entonces ser hombre deviene indeseable. Seguramente las cualidades asociadas a la masculinidad seguirán ahí, pero fragmentadas, desplazadas, apareciendo en los cuerpos y lugares en donde se requiera, en un ejercicio de derrota constante.

El carácter efímero de esta deriva sobre lo masculino, el ser hombre y su relación con la derrota se complementa con otros textos aún no escritos, con otras performatividades¹⁴ y acciones de los cuerpos atravesados por la masculinidad. ¿Qué desvíos les ocurren, que derrotas son negadas en pos de sostener el proyecto-hombre establecido? ¿Todo cuerpo podrá dar cuenta de sus desvíos?

Preguntas planteadas primero en primera persona para después extenderse a la segunda y tercera persona del singular y de plural, y a las que le siguen, cuarta, quinta, duodécima persona, cualquiera que se sitúe frente a la experiencia práctica de derrota individual y colectiva, dando cuenta de un *otro* juego, uno en el que, dicho en términos de la lógica masculina, será preferible vernos fracasar.

Habitar el espacio de la derrota como un ejercicio de revitalización del propio andar.

Como nota última, se advierte la necesidad de un siguiente merodeo en las aguas de la performatividad que amplíe las rutas de acción en los cuerpos y su relación en la intercorporalidad. Cuerpos a la deriva.

¹⁴ La performatividad es la reiteración de una norma o conjunto de normas y, en la medida en que adquiere la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición. Su aparente teatralidad se produce en la medida en que aparezca disimulada su historicidad e, inversamente, su teatralidad adquiere cierto carácter inevitable por la imposibilidad de revelar plenamente su historicidad. Fuentes M. y Taylor D. (2011) *Estudios avanzados de performance* p. 72

Referencias

- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004) *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Fuentes, M. y Taylor, D. (2011) *Estudios avanzados de performance*. 51-90.
- Garcés, M. (2009) Un mundo entre nosotros. Versión electrónica: <http://espaieinblanc.net/?autores=marinagarces>
- García Canal, M. (2006) *Espacio y poder. El espacio en la reflexión de michel Foucault*. 113 -114.
- Han, B-C. (2012) *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Jappe, A., Kurz, R., Ortlieb, C-P. (2014) *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Jappe, A. (2016) *Las Aventuras de la Mercancía*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Lauretis, T. (2013) *La tecnología de género*. Versión electrónica: http://blogs.fad.unam.mx/asignatura/adriana_raggi/wp-content/uploads/2013/12/tecnologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf
- Lonzi, C. (2004) *Escupamos sobre Hegel*. México: Fem-e-libros.
- Macaya, L. (2011) Introducción. En V. Solanas, *Manifiesto Scum Comentado* (11-21) Barcelona: Herstory.
- Martínez, I. (2016) La fuerza política de la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 5, 699-704.
- Navarrete, Z. (2008). *¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible*. (5-18) México: Revista Mexicana de Investigación Educativa
- Scholz, R. (2013) El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre el capitalismo y relaciones de género. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*. 5, 44-60.
- Solanas, V. (1983) *Manifiesto Scum*. Versión electrónica: http://www.iztacala.unam.mx/errancia/v1/PDFS_1/POLIETICAS6_SCUMMANIFESTO.pdf
- Pisano, M. (2001) *El triunfo de la masculinidad*. Chile: Surada Ediciones.

